

Padre José María Valente Bover S.I

Tiempo del segundo Advenimiento

Habla el Maestro del tiempo en que sobrevendrá la parusía final, que será, dice, imprevista y repentina: como lo fué el diluvio universal, del cual los hombres «no se dieron cuenta, hasta que sobrevino». Este carácter de sorpresa e imprevisión parece un obstáculo insuperable para entender de la parusía la precedente parábola de la higuera que retoña. Por lo demás, las expresiones de «día y hora» no deben entenderse matemáticamente como espacios precisos de 24 horas o de 60 minutos.

«Nadie lo sabe,... ni el Hijo». La frase «ni el Hijo», que algunos críticos rechazan como supuesta armonización con San Marcos (13, 32), parece auténtica. Es mucho más verosímil que se suprimiese una expresión difícil y enojosa (si bien la omisión está atestiguada por excelentes códices), que no el que se armonizase a San Mateo con San Marcos, dado que las armonizaciones, cuando realmente existen, suelen verificarse en sentido inverso. En cuanto a la ignorancia del Hijo, de que tanto abusaron los arrianos, no ofrece tanta dificultad, cuanto a primera vista pudiera parecer. Aun en el lenguaje corriente entre los hombres, siempre que uno conoce una cosa con secreto de oficio, por ejemplo un confesor, si se le pregunta sobre ella, puede y debe decir que la ignora en absoluto. En tales casos la respuesta equivale a decir: sobre eso es inútil que se me pregunte, pues no puedo decir palabra. Cristo, aun en cuanto hombre, es decir, con su inteligencia humana, conocía con toda precisión el día y la hora de su advenimiento; pero la conocía como Juez, y precisamente como Juez que había de venir repentina e imprevistamente a juzgar a los hombres, esto es, con verdadero secreto de oficio; y aun considerado como Maestro o legado divino, no sólo no había recibido la misión de revelar aquel día, sino más bien el encargo de mantenerlo oculto. Interrogado, pues, por los discípulos, podía y debía declarar que ignoraba aquel día, sin que tal declaración arguya en él ignorancia real.

«Uno es tomado y uno abandonado»: con este modo tan expresivo como popular advierte el Maestro que la igualdad social entre los hombres no les asegura igual suerte final en el día del juicio; sino que antes bien será entonces desigual y contraria la suerte de los que en este mundo parecían hallarse en idéntica situación o condición. Lo que entonces decidirá de la suerte definitiva de cada cual serán las obras buenas o malas, sin que se tomen en cuenta para nada las diferencias sociales de esta vida. Y para mostrar la universalidad de su sentencia, lo que dice aquí de los hombres, lo afirma después (v.41) de las mujeres.

Necesidad de estar en vela

Con sus revelaciones el divino Maestro, más que dar pábulo a nuestra curiosidad, se propone mantenernos en constante vigilancia. Y ésta es la

razón de encubrirnos el tiempo de la parusía, en cuya ignorancia funda la necesidad de estar continuamente en vela y preparados para la venida del Señor. Por esto en el v. 42 deduce de lo que precede la necesidad de velar. En el v. 43 refuerza su razonamiento con una comparación, que es una parábola en miniatura. Y en el v. 44 concluye que, además de estar en vela, estemos prestos y a punto; porque, añade, aquella hora no solamente es desconocida, sino que será también imprevista y repentina.

(José M. Bover, S.L., *El Evangelio de San Mateo*, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pág 420-422)